

# Rimas de Gustavo Adolfo Bécquer.

## ANTOLOGÍA.

### RIMA I

Yo sé un himno gigante y extraño  
que anuncia en la noche del alma una aurora,  
y estas páginas son de ese himno  
cadencias que el aire dilata en las sombras.

Yo quisiera escribirle, del hombre  
domando el rebelde, mezquino idioma,  
con palabras que fuesen a un tiempo  
suspiros y risas, colores y notas.

Pero en vano es luchar, que no hay cifra  
capaz de encerrarle; y apenas, ¡oh, hermosa!,  
si, teniendo en mis manos las tuyas,  
pudiera, al oído, cantártelo a solas.

### RIMA VII

Del salón en el ángulo oscuro,  
de su dueña tal vez olvidada,  
silenciosa y cubierta de polvo  
veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas  
como el pájaro duerme en las ramas,  
esperando la mano de nieve  
que sabe arrancarlas!

¡Ay! pensé; ¡cuántas veces el genio  
así duerme en el fondo del alma,  
y una voz, como Lázaro, espera  
que le diga: «¡Levántate y anda!».

### XI

—Yo soy ardiente, yo soy morena,  
yo soy el símbolo de la pasión,  
de ansia de goces mi alma está llena.  
¿A mí me buscas?  
—No es a ti, no.  
—Mi frente es pálida, mis trenzas de oro,  
puedo brindarte dichas sin fin.  
Yo de ternura guardo un tesoro.  
¿A mí me llamas?  
—No, no es a ti.  
—Yo soy un sueño, un imposible,  
vano fantasma de niebla y luz.  
Soy incorpórea, soy intangible,  
no puedo amarte.  
—¡Oh ven, ven tú!

### XVII

Hoy la tierra y los cielos me sonríen,  
hoy llega al fondo de mi alma el sol,  
hoy la he visto..., la he visto y me ha mirado...,  
¡hoy creo en Dios!

### XXI

¿Qué es poesía? --dices mientras clavas  
en mi pupila tu pupila azul.  
¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?  
Poesía... eres tú.

### XXIII

Por una mirada, un mundo;  
por una sonrisa, un cielo;  
por un beso... yo no sé  
qué te diera por un beso.

### XXX

Asomaba a sus ojos una lágrima,  
y a mi labio una frase de perdón;  
habló el orgullo y se enjugó su llanto,  
y la frase en mis labios expiró.  
Yo voy por un camino, ella por otro;  
pero al pensar en nuestro mutuo amor,  
yo digo aún: ¿por qué callé aquel día?  
Y ella dirá: ¿por qué no lloré yo?

### XXXV

¡No me admiró tu olvido! Aunque de un día  
me admiró tu cariño mucho más,  
porque lo que hay en mí que vale algo,  
eso... ni lo pudiste sospechar.

### XXXVIII

¡Los suspiros son aire y van al aire!  
¡Las lágrimas son agua y van al mar!  
Dime, mujer, cuando el amor se olvida  
¿sabes tú adónde va?

### XLI

Tú eras el huracán y yo la alta  
torre que desafía su poder:  
¡tenías que estrellarte o que abatirme!...  
¡No pudo ser!  
Tú eras el océano y yo la enhiesta  
roca que firme aguarda su vaivén:  
¡tenías que romperte o que arrancarme!...  
¡No pudo ser!  
Hermosa tú, yo altivo: acostumbrados  
uno a arrollar, el otro a no ceder;  
la senda estrecha, inevitable el choque...  
¡No pudo ser!

## XLII

Cuando me lo contaron sentí el frío  
de una hoja de acero en las entrañas,  
me apoyé contra el muro, y un instante  
la conciencia perdí de donde estaba.  
Cayó sobre mi espíritu la noche,  
en ira y en piedad se anegó el alma,  
¡y entonces comprendí por qué se llora!  
¡y entonces comprendí por qué se mata!  
Pasó la nube de dolor... con pena  
logré balbucear breves palabras...  
¿Quién me dio la noticia?... Un fiel amigo...  
Me hacía un gran favor... Le di las gracias.

## LII

Olas gigantes que os rompéis bramando  
en las playas desiertas y remotas,  
envuelto entre la sábana de espumas,  
¡llevadme con vosotras!  
Ráfagas de huracán que arrebatáis  
del alto bosque las marchitas hojas,  
arrastrado en el ciego torbellino,  
¡llevadme con vosotras!  
Nubes de tempestad que rompe el rayo  
y en fuego ornáis las desprendidas orlas,  
arrebatado entre la niebla oscura,  
¡llevadme con vosotras!  
Llevadme por piedad a donde el vértigo  
con la razón me arranque la memoria.  
¡Por piedad! ¡Tengo miedo de quedarme  
con mi dolor a solas!

## RIMA LIII

Volverán las oscuras golondrinas  
en tu balcón sus nidos a colgar,  
y otra vez con el ala a sus cristales  
jugando llamarán.  
Pero aquellas que el vuelo refrenaban  
tu hermosura y mi dicha a contemplar,  
aquellas que aprendieron nuestros nombres...  
¡esas... no volverán!  
Volverán las tupidas madreselvas  
de tu jardín las tapias a escalar,  
y otra vez a la tarde aún más hermosas  
sus flores se abrirán.  
Pero aquellas, cuajadas de rocío  
cuyas gotas mirábamos temblar  
y caer como lágrimas del día...  
¡esas... no volverán!  
Volverán del amor en tus oídos  
las palabras ardientes a sonar;  
tu corazón de su profundo sueño  
tal vez despertará.  
Pero mudo y absorto y de rodillas  
como se adora a Dios ante su altar,  
como yo te he querido...; desengáñate,  
¡así... no te querrán!

## LXVI

¿De dónde vengo?... El más horrible y áspero  
de los senderos busca;  
las huellas de unos pies ensangrentados  
sobre la roca dura,  
los despojos de un alma hecha jirones  
en las zarzas agudas,  
te dirán el camino  
que conduce a mi cuna.  
¿Adónde voy? El más sombrío y triste  
de los páramos cruza,  
valle de eternas nieves y de eternas  
melancólicas brumas.  
En donde esté una piedra solitaria  
sin inscripción alguna,  
donde habite el olvido,  
allí estará mi tumba.

## LXVIII

No sé lo que he soñado  
en la noche pasada.  
Triste, muy triste debió ser el sueño,  
pues despierto la angustia me duraba.  
Noté al incorporarme  
húmeda la almohada,  
y por primera vez sentí al notar lo  
de un amargo placer henchirse el alma.  
Triste cosa es el sueño  
que llanto nos arranca,  
mas tengo en mi tristeza una alegría...  
¡Sé que aún me quedan lágrimas!

## LXXI

No dormía; vagaba en ese limbo  
en que cambian de forma los objetos,  
misteriosos espacios que separan  
la vigilia del sueño.  
Las ideas que en ronda silenciosa  
daban vueltas en torno a mi cerebro,  
poco a poco en su danza se movían  
con un compás más lento.  
De la luz que entra al alma por los ojos  
los párpados velaban el reflejo;  
mas otra luz el mundo de visiones  
alumbraba por dentro.  
En este punto resonó en mi oído  
un rumor semejante al que en el templo  
vaga confuso al terminar los fieles  
con un *Amén* sus rezos.  
Y oí como una voz delgada y triste  
que por mi nombre me llamó a lo lejos,  
¡y sentí olor de cirios apagados,  
de humedad y de incienso!  
.....  
.....  
Entró la noche y del olvido en brazos  
caí cual piedra en su profundo seno.  
Dormí y al despertar exclamé: «¡Alguno  
que yo quería ha muerto!».

